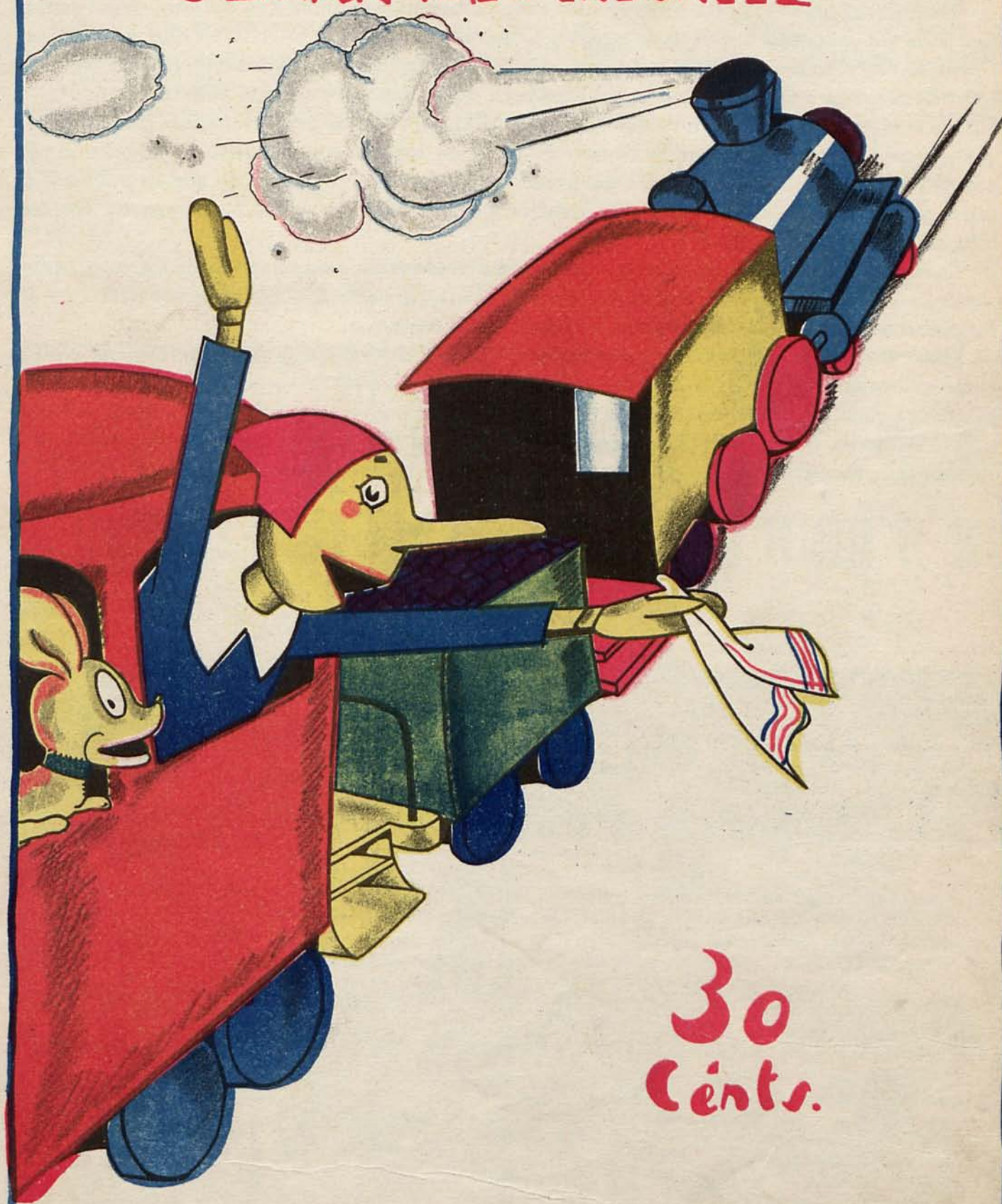


PINOCHO

NUM. 14.

SEMANARIO INFANTIL

24. MAYO
1925.



30
Cénts.



PINOCHO

SIEMPRE JUSTO Y AMABLE

ACCEDE A UN RUEGO

DE SUS AMIGOS



Muchos pinochistas se han dirigido a su amigo Pinocho diciéndole que es muy difícil reunir cincuenta cupones para el sorteo de regalos. Como el deseo de PINOCHO ha sido siempre que en ese sorteo prueben su suerte todos sus amigos, ha decidido inmediatamente reducir los **cincuenta** cupones a **OCHO**, que se publicarán en ocho números seguidos, empezando por éste. Naturalmente, eso nos obliga a retrasar la fecha del sorteo, que no podrá realizarse hasta que todos nuestros lectores hayan tenido tiempo de enviarnos los **ocho cupones**. Estos ocho cupones deberéis recortarlos y guardarlos del primero al último. En el número en que se publique el cupón 8 daremos una cuadrícula donde deberán pegarse los ocho cupones, de acuerdo con las instrucciones que allí se dirán.

Cada pinochista podrá así obtener **cincuenta números** para el sorteo de los estupendos regalos de PINOCHO. Recordamos que en PINOCHO se publicarán los nombres y retratos de los pinochistas premiados. **El sorteo se hará ante notario.**

Claro es que cada pinochista puede obtener tantas veces cincuenta números para el sorteo como colecciones de los ocho cupones nuevos (o como colecciones de cincuenta cupones antiguos) nos envíe. Y claro es también que los suscriptores que ya por serlo tienen derecho a cincuenta números, pueden además obtener otros cincuenta por cada colección de los **ocho cupones** que nos envíen, de acuerdo con las instrucciones que oportunamente publicaremos.

LOS 33 REGALOS DE "PINOCHO", QUE COMO SABÉIS VALEN MÁS DE

5.000 pesetas

son los siguientes:

DOS ESPLÉNDIDOS «AUTOS»

CITROËN

que valen más de

1.200 ptas.



Estos preciosísimos autos son completamente iguales que los grandes de la famosa marca, y están contruidos en la misma Casa Citroen, de París, que hace los coches grandes. Tienen tres velocidades y marcha atrás, frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, bocina, aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías de sus NEUMÁTICOS DE VERDAD CONFORT MICHELIN, fabricados especialmente por MICHELIN para estos autos. Además, tienen la ventaja de no gastar gasolina ni aceite y de robustecer las pantorrillas del conductor.

ADEMÁS DE LOS DOS CITROËN, PINOCHO OS REGALA:

2 magníficas bicicletas de verdad.	Ptas. 600
2 formidables locomotoras mecánicas.	— 250
6 preciosas muñecas.	— 450
1 «trousseau» de muñeca completo.	— 250
12 colecciones completas de la serie Pinocho contra Chapete.	—

3 Triciclos con aros de goma.	Ptas. 675
1 Tren eléctrico admirable.	— 250
2 casas de muñecas.	— 350
2 tocadores «de verdad».	— 150
	600



Nunca se ha conocido esplendidez semejante. Pinocho, no es sólo el muñeco más heróico y más divertido, es también el más generoso.

PiNOCHO

SEMANARIO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

DIRECCION Y ADMINISTRACION

CALLE DE VALENCIA 28

MADRID

TEL. 204-M — APART. 442

ED. "SATURNINO CALLEJA". — DIR. S. BARTOLOZZI.

ADMINISTRACIÓN CIERRE Y TALLERES } SAN-SEBASTIÁN } ADMINISTRACIÓN CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES } MADRID.



AÑO I

NÚMERO XIV

Precios de suscripción:

ESPAÑA, PORTUGAL Y AMÉRICA — UN AÑO 20 PESETAS
OTROS PAISES — UN AÑO 30 PESETAS

NÚMERO CORRIENTE, 30 CÉNTS.

NÚMERO ATRASADO, 40 CÉNTS.

UN CUADRO CON SORPRESA

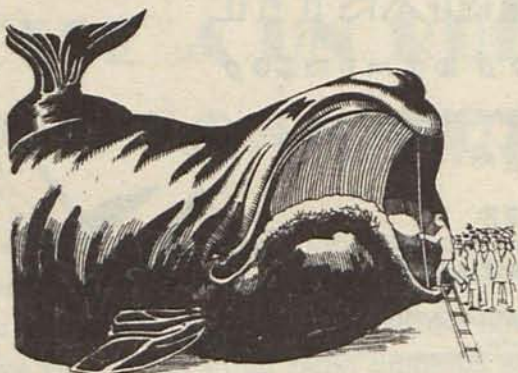


CURiosIDADES

UN HOMBRE EN LA BOCA DE UNA BALLENA

¿Cuál es el animal más grande? La ballena. No hay bicho que ostente una boca más enorme. Por ella cabría, sin gran dificultad, una barca con toda su tripulación. La ballena, como sabemos, vive en el mar; pero la ballena no es un pez, no puede respirar bajo el agua. La quijada de la ballena tiene, casi siempre, una longitud de cuatro metros, cuando no más, y una anchura de dos. Diez y ocho a veintidós metros mide una ballena, teniendo en su parte más abultada un perímetro de nueve a doce metros.

Hace años consiguieron pescar en el Támesis un ejemplar formidable, imponente. Tan sólo su cabeza media siete metros de longitud. Esta ballena la exhibieron para que la contemplase todo el mundo. A fin de hacer visible, en todo su horrible grandor, la boca del cetáceo, abrieron ésta y sostuvieronla con unos

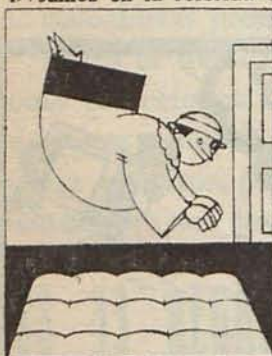


puntales. Un hombre, un espectador, tuvo la idea de andar por la lengua de la ballena. Conseguido el permiso, el intrépido espectador comenzó a descender lentamente, satisfecho de su experiencia, por la superficie de la lengua del animal. Pero el atrevido individuo, como todos los demás espectadores, no contó con lo que podía ocurrir. La lengua de la ballena, merced al calor, se había ablandado completamente, y el hombre comenzó a hundirse, como si anduviese por légamo, hasta el punto de verse cubierto hasta el pecho. Gritó, pidió auxilio. Un espectador que acudió a socorrerle, se hundió también. Entonces, desde fuera, con una pértiga consiguieron sacar a ambos hombres, que hubieran perecido, como en un mar, en la lengua monstruosa de la ballena.

NUEVAS AVENTURAS DEL BARÓN DE LA CASTAÑA

LAS PULGAS SABIAS

Como mi esposa, la dulce Adelaida, había concertado una apuesta con el alcalde de Nicaragua, según la cual, mi espiritual compañera había de dar ciento veinte saltos mortales seguidos, nos hallábamos en la referida capital.



Ni que decir tiene que Adelaida ganó la apuesta y conquistó la admiración de todo Nicaragua.

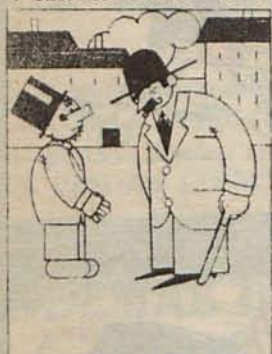
Yo, en esos días, acababa de descubrir un truco para cazar cangrejos; era sencillo; bastaba con descubrir una partida de ellos en esa hora de la mañana en que duermen al sol; entonces, con cuidado para no despestarlos, se colocan unas piedras unos metros detrás de ellos. El resto es fácil: se coloca uno delante de la banda y se les despierta dando unas fuertes palmadas. Los cangrejos se despiertan, se asustan y emprenden la retirada a toda prisa; pero como son así y tienen esa manía de andar hacia atrás sin mirar por dónde van, pues al llegar a las piedras chocan, caen desvanecidos por el golpe y entonces se les puede coger.

Fuí muy felicitado por la idea y algunas comisiones acudieron a felicitarme, trayéndome palomas y flores.

Hasta que un día se me acercó un caballero, muy correcto y bien vestido, y me dijo:

—Barón: vengo en busca de una idea que me salve; me sucede una horrible desgracia.

—Cálmese, caballero, y cuénteme lo que le ocurre —le respondí. Y entonces él me contó el suceso que le aquejaba.



—Señor barón: yo soy el domador Ráscate; los bichos que yo domestico no son elefantes ni leones, son pulgas; tengo el más espléndido vivero de pulgas sabias del mundo. Mis pulgas saltan al compás de la música, arrastra un carrito minúsculo, dan volatines, en fin, son un asombro de bichos; viven aquí, en mi brazo.

—¿Comen alguna vez fuera de casa?
—le pregunté dando un paso atrás.
—No, nunca; se alimentan aquí mis-

mo. Bueno, seguiré la historia: el caso es que hasta hace unos días mis educandas no me habían dado ningún disgusto; daban su clase diaria, paseaban, trabajaban en la función del circo o en alguna casa particular donde nos invitasen a tomar el te, y luego se dormían tranquilamente.

Pues bien: a raíz de que los periódicos empezaron a darles bombos y propusieron que les diesen un banquete, a mis educandas se les subió la gloria a la cabeza y están insoportables. Y no es eso lo peor, sino que han descubierto un truco para molestarme: aprovechándose de mi sueño, y entre todas, a fuerza de picotazos, escriben en mi cuerpo avisos y proclamas para que yo las vea al despertar. Figúrese que anteayer me pusieron: «No queremos más de tres horas de trabajo»; y ayer: «No gastes ya camiseta de lana, porque hace mucho calor y nos asfixiamos...» Usted comprenderá, Barón, que esta indisciplina no puede seguir así. Porque además, las condenadas pican de una forma...!



Después de una corta meditación, respondí:

—Todo eso está causado por el orgullo; se creen lo más fuerte de la creación y hay que demostrarles que no lo son, para quitarles sus presunciones. Tenga por el momento este frasco (le di un frasco) y colóquelo destapado en su mesilla de noche; mañana venga a contarme lo ocurrido.

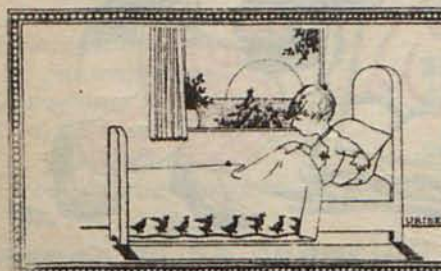
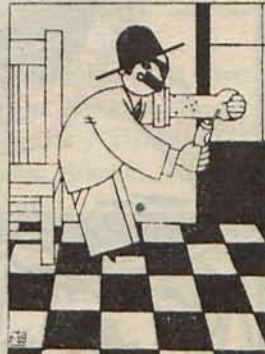
Al día siguiente vi llegar al señor Ráscate, loco de júbilo:

—No me han picado, no me han picado —decía—. ¿Cómo se las arregló usted?

Entonces expliqué mi plan:

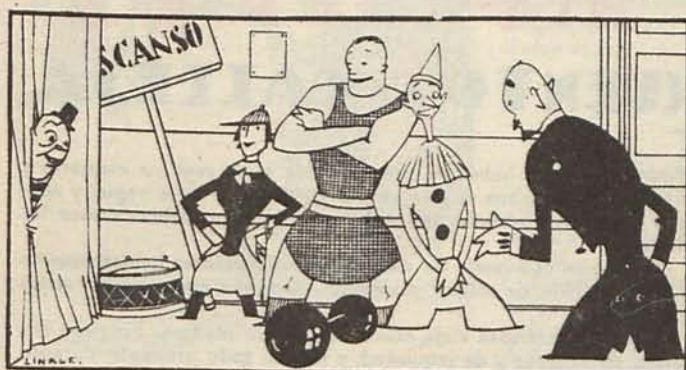
—Muy sencillo: el frasco contenía mostaza inglesa y las pulgas, al verlo, se dijeron: «Anda, ya ha encontrado algo que pica más que nosotras...», y se retiraron avergonzadas sin atreverse a levantar la voz...

EL BARÓN DE LA CASTAÑA.

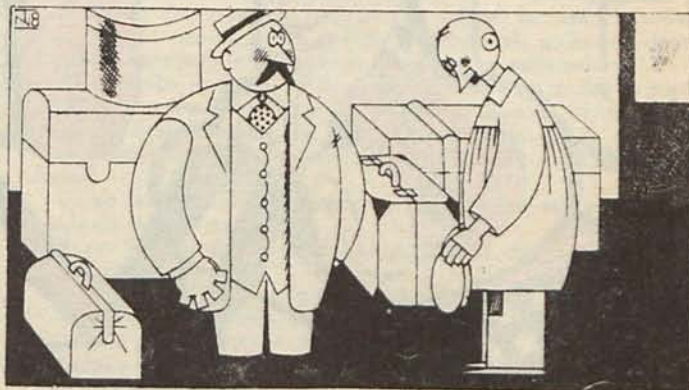


Todos los niños se levantan alegres porque saben que les lavan con
JABÓN CALBER (PASTILLA 1,25)
y todas las madres deben tener buen cuidado de que el cutis sensible de los niños sea lavado exclusivamente con
JABON CALBER (PASTILLA 1,25)
porque es el más indicado dada la pureza de los componentes.
PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. — SAN SEBASTIAN

CHISTES



¡Vamos! ¿Estáis ya todos preparados? ¿Y ese tonto está ya listo?



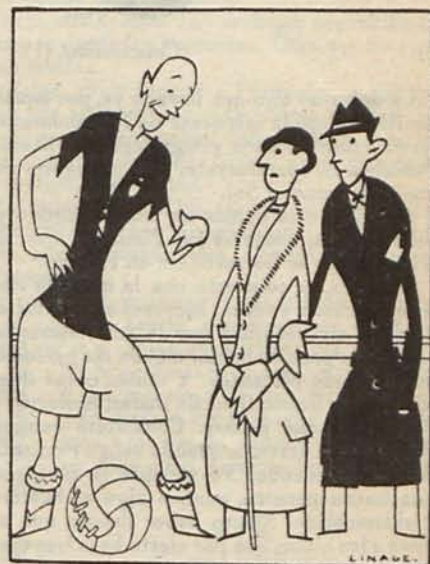
—Bueno, adiós. No se me olvida nada, ¿verdad?
—Sí, señor; la propina.



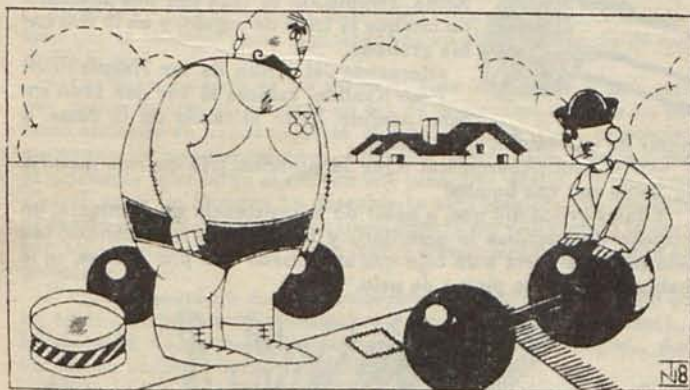
—Anda, rico, dile a tu papá que está aquí D. Carlos Diez y Diez.
—¡Querrá usted decir D. Carlos Veinte!



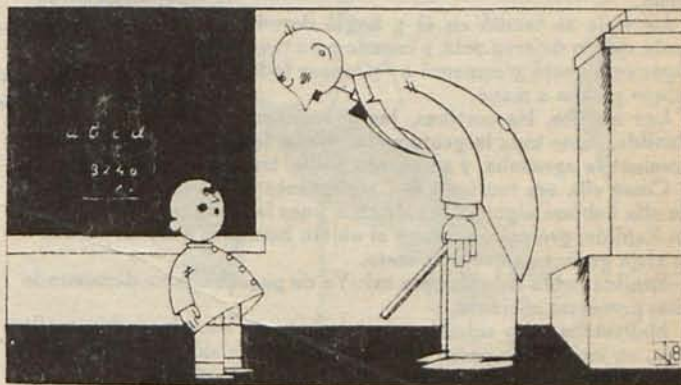
—¡Parece mentira que no sepa usted contestar a una pregunta tan fácil!
—La pregunta es fácil, señor profesor; pero la respuesta...



—Nuestro equipo no ha sido derrotado nada más que dos veces.
—¿Cuántos partidos ha jugado?
—Mañana jugamos el tercero.



—Hijo mío, no sueltes esa pesa, que hace mucho aire.



—¿Oiga, señor profesor? ¿Usted sería capaz de regañarme por una cosa que no he hecho?
—¡Hombre, no!
—Pues bien: ¡no he hecho el problema!



POLVOS ANTISÉPTICOS CALBER

son el mejor amigo de los niños que les priva de ESCOCIDOS, IRRITACIONES DE LA PIEL, GRANOS, SARPULLIDOS, etc., etc.

POLVOS ANTISEPTICOS CALBER

son admirables para después del baño y extraordinariamente refrescantes. Los recomiendan millares de médicos y los usan millares de madres para su bebé.

Están premiados en la EXPOSICIÓN FARMACÉUTICA Y DE HIGIENE y nada se ha descubierto hasta hoy, ni más aséptico, ni más agradable para el cutis.

PERFUMERIA HIGIÉNICA CALBER. — SAN SEBASTIÁN.



LA TRAICION DEL HADA RANILDE (CUENTO DE CALLEJA)

(Conclusión) (1).

La dama no dijo que llevaba ya, por aquellos tiempos, los dientes postizos. Pero la marquesa de Torrehúmeda no la dejó acabar, contando cómo su nariz griega legítima, había sido transformada por Pimienta en una alcayata, para castigarla por decir que la Princesa era bella como el Sol.

Aquellas tres damas no tenían motivo para ayudar a Ranilde; pero sí para vengarse de Pimienta, que se había opuesto tenazmente a que se las recibiese en Palacio.

Después, de concierto con la taimada vieja, empezaron a contar horrores atribuidos al ausente, sin recordar que la más elemental educación prohíbe hablar mal de las personas que no están presentes. Y tantas cosas dijeron, que la Reina, llena de dudas, exclamó:

—No sé qué pensar. Consultaré con mi esposo, y ya veremos cuando venga Pimienta cómo se defiende. Yo siempre le tuve por una buena persona, aunque algo embustero y entrometido. Siento haber dejado que se lleve a los niños, que por cierto hace tres días que no me escriben.

Entre tanto mandó alojar a Ranilde en Palacio con todas las atenciones debidas a su rango hasta que Pimienta regresase de viaje.

Ranilde fué, pues, introducida en una inmensa habitación llena de telas y de porcelanas; en el centro de ella había un lujoso lecho.

La vieja se tendió en él y fingió dormir hasta que la dejaron sola, y cuando esto tuvo lugar se levantó y comenzó a estropear todo lo que pillaba a mano.

Los encajes, las cortinas, las porcelanas. Ranilde, como toda la gente mala, odiaba lo bello. Nada que fuese hermoso le agradaba, y en cuanto podía, trataba de destruirlo.

Como ella era tan fea y tan repugnante le molestaba que cerca de ella hubiese alguna obra de arte, pues la gente, en vez de fijarse en Ranilde, prefería examinar el objeto hermoso, y eso molestaba a la vieja gruñona en sobremanera.

Ranilde había sido siempre así. Ya de pequeña había demostrado esas perversas aficiones.

Maltrataba a los animales por el gusto de hacerlos sufrir, y ella sola, en un extenso paseo por el mundo, había sido quien rompió a casi todas las estatuas la nariz.

Aquella fea costumbre le había valido ser perseguida por los guardas de todos los jardines del mundo; pero ella, veloz, había logrado huir todas las veces, escondiendo en sus bolsillos las narices rotas.

Tenía en su cueva una magnífica colección. Narices de reyes, de reinas, de hombres, de mujeres, de guerreros, de artistas. Miles y miles de narices que guardaba, como es natural, en un gran pañuelo...

Cuando hubo terminado su insana labor, Ranilde se durmió de verdad esta vez, soñando en todas las maldades que había de realizar al día siguiente.

Ranilde, satisfecha del éxito de su estratagema, decidió poner en práctica en seguida la segunda parte de su plan, que era dar a la Reina un bebedizo compuesto por el sabio Mirliton, hecho con el hígado de un mochuelo y polvos de pica pica, que la haría convertirse en un monstruo de fealdad. Pero a pesar de que poco a poco había llegado a ser íntima amiga de la Reina, no encontraba

modo de darle el bebedizo, porque en la mesa real los manjares y las bebidas llegaban en vasijas cerradas con el sello regio, y además un médico probaba todos los manjares que debían comer los Reyes.

Y como en el espacio de diez años tres doctores habían muerto y cinco sufrido de cólico «miserere», andaban con cada ojo como un plato.

Pero la industriosa vieja encontró por fin manera. Fingiéndose enferma de tristeza y de inquietud, y rehusó todo alimento durante tres días, a pesar de las ganas que se la pasaban al ver desfilar bajo sus narices pechugas de pollo y pasteles exquisitos. Hasta que llegó a oídos de la Reina, que, compasiva de suyo, vino a ver a la enferma.

—Es necesario comer algo, querida Reina —exclamó—. Te estás quedando muy delgada. Ya eres pequeña por naturaleza; pero si no comes, te quedarás hecha una pasa.

—¡No todo el mundo puede ser grande como un camello! —exclamó Ranilde, dejándose llevar por su mal carácter. Pero en seguida fingió un desmayo y como si delirase de fiebre.

En esto llegó una de sus doncellas, trayendo en una taza de oro un exquisito chocolate, en el que Ranilde diestramente había dejado caer el veneno.

—El chocolate de Su Majestad —anunció la doncella— se está enfriando. Ranilde no respondió. Esplendor del Mar, para animarla, cogió la taza y la aproximó a sus propios labios, diciendo:

—Mira: está riquísimo... Para que veas que no te engaño, yo beberé un poquito.

Ranilde abrió un ojo. Su corazón palpitó de alegría malvada. Un segundo, y su enemiga se convertiría en un monstruo repugnante.

La Reina posó sus rojos labios en el borde de la taza y...

Algo brillante y rápido que entró como una centella rompió la taza, cuyo líquido se derramó por el suelo, corroyendo bruscamente el mármol y hasta el tapiz; de tal modo era fuerte el veneno.

La Reina dió un grito y miró hacia la puerta sin comprender.

Era Pimienta que, vuelto de su viaje, porque había sabido por una carta de su mujer que la perversa Ranilde vivía en Palacio, acababa de salvar una vez más la belleza de la Reina, rompiendo la taza con una manzana de oro que la traía de regalo, y en la que había grabado:

«Recuerdo del jardín de las Hespérides».

Pero Ranilde, rabiosa al ver que todo estaba perdido, gritó saltando de la cama, a

pesar de que estaba en camisón:

—¡Asesino! ¡Anarquista! ¡Que le prendan! ¡Ha querido matar a la Reina con una bomba!

Y tales gritos dió que, a pesar de la resistencia de Pimienta, un piquete de guardias le amordazó y lo arrojó en un calabozo, tan húmedo, que hasta a un cojo que encerraron allí por deudas, se le había hinchado la pierna de palo.



(1) Véase el número anterior.



Mientras tanto, la Reina agradeció el heroísmo de Ranilde: daba un banquete en su honor, en el cual la desvergonzada criatura tuvo un éxito cantando las canciones a la moda e imitando a las más alegres cantantes y danzarinas.

IV

No es cosa de contar cómo se las arregló Pimienta para salir de su encierro.

Primero, porque no es cosa de enseñar a los niños que encierran por no saberse las lecciones,

la manera de escaparse del cuarto oscuro. Y luego porque, ni pensándolo mucho, he logrado averiguarlo, porque Pimienta era capaz de inventar los trucos más inverosímiles.

El caso es que se escapó del calabozo y echó a caminar por los corredores subterráneos.

Al cabo de andar y andar sin hallar la salida en aquellos sótanos enrevesados, llenos de telarañas y de muebles viejos, llegó al pie de una escalera de piedra casi derruida y llena de hierba.

Sin duda no la habían utilizado desde hacía siglos.

Pimienta, lleno de curiosidad, se disponía a trepar por los altísimos escalones cuando una temerosa aparición le heló la sangre en las venas.

A la luz de la luna un extraño fantasma avanzaba por el sótano oscuro, llevando una luz en la mano. Pimienta, aunque duende, no las tenía todas consigo. ¡Sabe Dios qué sería aquel espantajo!

Cosa buena, desde luego, no. Ninguna persona decente acostumbra a pasearse a las doce de la noche, vestida de blanco, con una vela en la mano y dando saltitos como un sapo...

Por si acaso, Pimienta se escondió detrás de una columna y asomó sólo un ojo..., y cuál no sería su estupor al descubrir que el espantajo era Ranilde, en camisón de dormir y envuelta en la colcha de encajes blancos.

—Puede que sea sonámbula —pensó Pimienta—. O tal vez se encuentra enferma si ha comido mucho en el banquete. ¡Condenada bruja!

Mientras yo estaba royéndome los codos en compañía de las ratas, que por cierto se me han comido un zapato, ella estaba atracándose de pavo trufado y cantando coplas. Pero ya le daré yo las coplas. En esto pasó Ranilde a su lado, sin verle.

En su feo rostro se leía una resolución criminal, y como todo asesino que se respeta, venía monologando en alta voz, segura de que nadie la oía.

—Las doce. La hora de los crímenes y de las brujas. Claro está que mejor estaría en mi cama en vez de exponerme a tomar un catarro andando en paños menores por los sótanos. Pero es preciso apresurar los acontecimientos. Pimienta puede escaparse, aunque al amanecer le echarán al río con una piedra al cuello... Pero gracias al saber de Mirliton he descubierto esta escalera que conduce al cuarto de la Reina. La encontraré durmiendo y la rociaré la cara con este veneno que llevo en un frasco y destruiré para siempre su belleza.

Y nadie sospechará de mí porque me encontrarán durmiendo en mi cama... Todo el mundo creerá que es una venganza de Pimienta... Lo matarán, de seguro, y quedará libre de mis dos enemigos... Así verán que nadie se burla de Ranilde.

Abstraída en sus negros pensamientos, Ranilde apenas se fijaba dónde ponía los pies; tropezó con una piedra que sobresalía un poco de las demás, y vino a dar de narices contra el suelo. Un ¡ay!, que parecía el chillido de una rata, se escapó de su boca desdentada, mientras la vela salía rodando. Por un verdadero milagro la vela no se apagó.

Ranilde, hecha una furia, pateaba y braceaba en el suelo hasta

que al fin logró levantarse. Recogió la vela y siguió su camino siempre murmurando entre dientes, mejor dicho, entre encías, porque lo que es de dientes no tenía ni rastro.

Así llegó a lo alto de la escalera, seguida de Pimienta, sigiloso. Y abrió, sin hacer ruido, la puerta secreta de la cámara de la Reina.

Pimienta comprendió que era preciso jugarse el todo por el todo.

De un salto se arrojó al suelo al paso de Ranilde, que tropezó y cayó de bruces, dejando escapar la vela.

El frasco de veneno se rompió y la salpicó la cara, dejándola más fea que nunca, si era posible, y haciéndola aullar de dolor. También Pimienta se estropeó su traje con las salpicaduras.

Al estrépito, la Reina se despertó y llamó a los esclavos y a la guardia, que acudieron con antorchas y con espadas. Pimienta, con un gesto, designó a Ranilde, que yacía por tierra.

—¡Prendedla! ¡Por segunda vez ha atentado a la vida de la Reina!

De un salto Ranilde, se puso en pie y huyó por las galerías, seguida de todo el mundo.

Y, por fin, viéndose perdida, saltó sobre el alfeizar de una ventana, gritando:

—¡Aún no me tenéis! ¡Volveré para vengarme!

Y se arrojó al espacio, desde una altura de cien metros. Todos dieron un grito y cerraron los ojos.

Habían visto que la infame Ranilde iba derecha a ensartarse en la alabarda de un centinela.

Pero cuando abrieron los ojos, Ranilde había desaparecido, y el centinela, furioso, recogió su lanza caída en la hierba, mientras gritaba, mirando a los balcones en donde se agolpaban las damas de la Reina.

—¡Vaya una broma! Ya saben que se prohíbe tirar basuras desde los balcones... Otra vez les pondré una multa...

La Reina, dirigiéndose a Pimienta, le dió las gracias por su heroísmo, y lo mismo el Rey, pidiéndole perdón por haber dudado de su lealtad, ofreciéndole el cargo de virrey. Pero Pimienta, lleno de dignidad, rehusó.

—No quiero nada... He aprendido que la gratitud es más débil que la maledicencia. Me voy de la corte, aunque, desde lejos, seguiré velando por Sus Majestades.

Y ni ruegos ni lágrimas le detuvieron. Se marchó a su casa de campo, con su esposa Mostaza, para dedicarse a cuidar sus gallinas y a educar a su hijo Mostacilla, que ya empezaba a dar muestras de heredar el talento y la malicia de su padre, y a perseguir a las ranas, como si temiese ver en ellas a esa perversa Ranilde.

FIN



SOCIEDAD ESPAÑOLA DE PAPELERIA
SAN SEBASTIAN

MADRID

BILBAO

BARCELONA

OVIEDO

VIGO

VALENCIA

SANTANDER

Venta de los acreditados Cuentos de Calleja en colores, Aventuras de Pinocho, etc., etc.

SIEMPRE LAS ÚLTIMAS NOVEDADES



EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA POR E. SALGAR

(Continuación.)

—Sería una crueldad inútil. Lo llevaremos con nosotros —respondió Cabeza de Piedra—. Nunca se sabe: puede convertirse en un hombre útil, aun en el caso de que su patrón lo haya abandonado a su destino. El barón Mac-Lellan no hubiera procedido nunca así. En cambio el marqués ha sido siempre un mal hombre, altivo y perverso.

—Tenéis razón —dijo el señor Oxford, que, siempre vigilado por Ulric, se había aproximado a ellos y escuchaba sus palabras—. Es un malvado que no merecía mi afecto. ¡Dejarme así sabiendo que me iban a ahorcar, sin hacer esfuerzo alguno para salvarme, cuando hace ya veinticinco años que estoy a su servicio!...

—Espero, por consiguiente, que os pasaréis a nuestro bando y que no os ocuparéis más de ese señor —dijo Cabeza de Piedra—. ¿Sois inglés vos?

—No; flamenco.

—Entonces podéis abrazar la causa americana como nosotros. Nunca estorba un partidario más. Los flamencos han sido siempre hombres de valor, y espero que no lo seréis vos menos que vuestros compatriotas.

—Mi padre fué coronel.

—Entonces corre por vuestras venas sangre de bravo. Ya lo veremos en la prueba.

—Cumpliré con mi deber. Por otra parte, yo no he nacido para servir de secretario a un gran señor. Soy completamente vuestro y podéis contar conmigo. Yo os podré suministraros informes que os serán preciosos.

—¿Sobre los movimientos de la escuadra inglesa?

—Y otras cosas más interesantes —respondió el secretario, cuyo rostro volvió a oscurecerse—. Si os...

Un cañonazo interrumpió bruscamente el diálogo. El bergantín había comenzado de nuevo el bombardeo, lanzando dos balas alquitranadas contra el gigantesco pino, tronchando una de sus gruesas ramas, que cayó al suelo con gran ruido.

—Ya me lo esperaba —dijo Cabeza de Piedra—. Ahora veréis cómo los ingleses hacen uso otra vez de balas incendiarias para destruir también nuestro segundo refugio. Toda la selva arderá, pues que la forman árboles muy resinosos, a más de que el viento comienza a rugir de nuevo, señor Riberac, será mejor que despejemos a toda prisa y que vayamos en busca de vuestro amigo indio...

—Caribú Blanco —dijo el traficante.

—Bonito nombre... ¡Correrá más que un caballo ese sakem!

—Ninguno de sus guerreros ha conseguido alcanzarlo.

—¡Vaya unas piernas!... Semejantes a las de los avestruces africanos.

Siete u ocho cañonazos siguieron al primero sin interrupción, y pronto se vió al pino gigante envuelto en llamas.

—¡Ah, el tirador maravilloso!... —exclamó Cabeza de Piedra—. Por dos veces ese hombre extraordinario ha logrado detener a *La Tonante* en plena carrera, inmovilizándonos cuando el barón estaba a punto de abordar la nave del lord para salvar a Mary de Wentworth. ¿Cómo no se lo habrá llevado el diablo a disparar cañonazos al infierno? señor Riberac, tomemos las de Villadiego. Aquí no se respira ya aire que nos convenga.

—Me parece que ha llegado el momento —dijo el traficante—. Pensad que los ingleses podrían desembarcar de un mo-

mento a otro algunas docenas de hombres, a fin de capturarlos.

El pino gigante ardía como una gigantesca antorcha por efecto de las balas incendiarias, que daban en él con matemática precisión. Hasta la caverna leñosa era presa del fuego, y de ella salían llamas como de un pequeño volcán. Cabeza de Piedra se dió un gran puñetazo en el cráneo, arrancándose después varios pelos de sus barbas rufas, y dijo:

—La lucha es imposible. Los tambores no nos servirán esta vez para asustar a los ingleses, que ya deben tener bien abiertos los ojos.

—Pero nos los llevaremos —dijo Riberac—. Me servirán para atraer a los indios.

—¿No será una pesada carga? —dijo Cabeza de Piedra—. Los dos hessianos se encargarán de llevar los víveres que nos

quedan. Por un par de días no nos faltará el almuerzo ni la cena, ya que no podremos pensar en la comida. Después cazaremos osos.

—Y que hay muchos aquí —dijo Riberac—. En una sola semana maté cuatro, y todos ellos eran magníficos plantigrados negros.

Una nube de humo hediondo, impregnado de resina, que cortaba la respiración, comenzaba a abatirse sobre la pequeña patrulla. Otro pino ardía ya, crepitando, y por sus costados manaba la ardiente linfa. El fortín del traficante no era ya más que un montón de cenizas; pero los árboles que le rodeaban, ricos en resina, ardían ahora, retorciéndose con siniestros silbidos.

—Vámonos ya en busca del Caribú Blanco —dijo Cabeza de Piedra—. Confíemos en que será menos feroz que el marqués de Halifax. ¡Señores: partamos antes que el humo nos sofoque! Si el viento continúa soplando, Dios sabe cuántos pinos arderán. ¡En marcha!... Volveremos después, cuando todo haya acabado y el bergantín se haya estrellado contra los arrecifes, como lo espero.

—¿Intentaríais apoderaros del marqués? —preguntó Riberac.

—Si fuera posible, ya lo creo. No desespero de encontrarlo, como no desespero de llevar mis dos cartas a los dos comandantes del fuerte de Ticonderoga. ¿Qué importa que los huracanes se desencadenen sobre nosotros? Ya estamos bien acostumbrados, ¿verdad, Petifoque?

—En el asedio de Boston marchaba mejor la cosa —repuso el joven gaviero—. Allí, al menos, estaba la taberna de los Treinta Cuernos de Bisonte, siempre bien provista.

—De fino peleón —dijo Ulric riendo—. Yo no saber como no ser muerto.

—Los alemanes tienen el pellejo duro —sentenció el viejo bretón—. Y basta de charlas. Hay que mover las piernas y dejar quietas las lenguas.

En torno a ellos comenzaban a caer torbellinos de chispas que el viento desprendía del gigantesco pino, arrastrándolas en vertiginoso remolino. El humo se hacía insoportable y provocaba a los siete hombres violentos accesos de tos. Los cañonazos, en tanto, no cesaban; violentos estampidos se su-



ACABA DE PUBLICARSE CHAPETE QUIERE SER HEROE DE CUENTO

DE LA SERIE "PINOCHO CONTRA CHAPETE"
SE VENDE EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS

Ayuntamiento de Madrid

cedían, haciendo escapar a toda prisa a las bandadas de ocas y de cisnes y temblar a los otros volátiles. Las balas encadenadas cedían el turno a las incendiarias, lanzadas al acaso sobre la floresta, en todas direcciones. El bergantín del marqués debía de tener una fuerte provisión de proyectiles y de pólvora.

Los fugitivos cogieron sus famosos tambores y las cajas de víveres y traspusieron la barricada, alejándose rápidamente todos muy tristes. El único que quizá no lo fuese era el señor Oxford, que hasta entonces había estado persuadido de que los dos corsarios mantendrían su palabra de colgarlo de cualquier rama a falta de pendón.

Caminaban de prisa, guiados por el fabricante, que conocía el terreno mejor que otro alguno, Jor inclusive, saliendo de un matorral para entrar en otro. La marcha no era difícil, pues como es sabido, si los abedules crecen en grandes grupos, los pinos, por el contrario, se elevan a alguna distancia entre sí, ya que necesitan mucha tierra para su desarrollo y para ahondar sus monstruosas raíces.

Durante unas dos horas, el pequeño grupo continuó internándose hacia el corazón de la floresta sin límites, deteniéndose a descansar cuando el cañón dejó de oírse y el contorno parecía tranquilo.

—¿Sabéis dónde estamos, señor Riberac? —preguntó Cabeza de Piedra, que no podía permanecer más tiempo sin dar trabajo a la lengua.

—A unas diez millas del lago; dentro de poco nos hallaremos a orillas del Rik. Jor ha guiado bien.

—Mis piernas se resienten de la caminata —dijo el bretón cargando su famosa pipa—. Verdaderamente, nosotros los marineros preferimos dejarnos llevar del viento, aunque esté de mal humor. ¿Creéis que el marqués haya desembarcado?

—Eso quisiera saber yo también —repuso el traficante.

—¡Oh, ya estará en tierra! —dijo el señor Oxford—. Tiene mucha prisa de cogerlos por su cuenta, maestro.

—¿Siempre a causa de esas dos famosas cartas que tanto disgustos me están proporcionando? Decididamente soy un correo torpísimo... Se ve que he nacido sólo para navegar y disparar cañonazos. ¿Nos dará caza?

—No lo dudéis, maestro.

—Entonces no nos queda otro recurso que guarecernos entre los indios.

—Ya os lo dije —indicó Riberac—. Correremos menos peligro.

Cabeza de Piedra miró al cielo, cada vez más nublado, y dijo:

—No estarán lejos tampoco los ingleses. Galerna, otra vez tendremos galerna, que pondrá en serio peligro el bergantín del marqués. ¡Ah, si se destrozase contra los peñascos, como se ha despedazado mi barca..., entonces nos pasaríamos sin los indios!

—¿Queréis que aguardemos aquí?

—Yo os proponería, señor Riberac, volver al lago por otro camino. Con alguna prudencia podríamos evitar un encuentro con los ingleses y vigilarlos de cerca.

—¿Para qué?

—Tengo una idea fija, y cuando una idea se me planta en la testa, ni las tenazas del compadre Belcebú podrían arrancármela.

—Comprendido. ¿Queríais tender un lazo al marqués?

—Aprovechando el huracán. Parece que vuestros indios se han adormecido en el sendero de la guerra.

—Sin embargo, ya debían estar aquí —dijo el traficante—. Ea, pues, decididlos.

—Volvamos allá. No sé alejarme de ese lago, cuyas aguas bañan los muros de Ticonderoga. Si los indios vienen, nos prestarán su ayuda y nos apoderaremos de toda la tripulación del bergantín. ¿Qué dices tú, Jor?

—Que nuestra suerte ha de decidirse en las orillas del Champlain, y no en el fondo del bosque —dijo el canadiense—. Si la flotilla inglesa llega antes que nosotros, no veremos ya más a Arnold ni a Saint-Clair.

—¿Y a ti que te parece, Petifoque?

—Que el general Washington y nuestro comandante nos han encargado ir al fuerte, y no darnos paseos por el bosque —repuso el gaviero.

—Sea, pues —dijo Riberac—; volvamos al lago. Quizás tengáis razón en no querer alejaros de aquellas orillas.

Iban a levantarse, cuando una voz sonora gritó, en un francés bastante comprensible:

—¿Dónde van los hombres blancos? ¿No saben que los iroqueses del Caribú Blanco marchan por el sendero de la guerra, prontos a probar el filo de sus hachas?

Un indio surgió de improviso de un macizo de abedules enanos, que hasta entonces lo habían ocultado. Era un hombre de mediana edad, entre los cuarenta y los cincuenta años, de estatura gigantesca y vigorosas formas. Vestía una gruesa casaca de paño azul oscuro, con adornos ya borrosos, y envolvía sus piernas en varias tiras de piel de gamo muy apretadas. Calzaba mocasines altos, asimismo de piel, adornadas en las costuras exteriores con varias cabelleras, rubias en su mayoría.

Una ancha faja de lana le ceñía las caderas robustas, sosteniendo la terrible hacha de guerra y el cuchillo de escalpar. Llevaba, además, un viejo fusil, con el cual apuntaba a los siete hombres con increíble audacia.

—¿Qué buscáis, señor indio? —preguntó Cabeza de Piedra, incorporándose de un salto y armando su carabina—. ¿Queréis un sorbo de excelente ginebra o una carga de plomo?

—Quiero saber quién sois.

—Rostros más o menos pálidos. Para algo teneis dos buenos ojos plantados sobre vuestra roja nariz.

El indio sacudió su larga cabellera negra y tosca, enderezó las tres plumas con que la adornaba, y desviando su viejo arcabuz, continuó enfáticamente:

—Soy el Aguila Blanca, gran guerrero iroqués, que ha escalpado más de veinte personas y a quien nadie osó nunca hacer frente.

—¿Blancas o rojas esas personas? —preguntó irónicamente Cabeza de Piedra.

—De una y otra raza.

—Pues no me daríais miedo, terrible guerrero, aun cuando sois más alto que yo.

El traficante se había adelantado y observaba al iroqués, que parecía retar a todos a algún terrible duelo a golpes de tomahawak.

—Nunca te vi en el campo del Caribú Blanco —dijo.

—Pero yo sí conozco a mi hermano blanco —repuso el indio.

—Entonces era inútil preguntarnos quiénes somos: amigos del gran sakem.

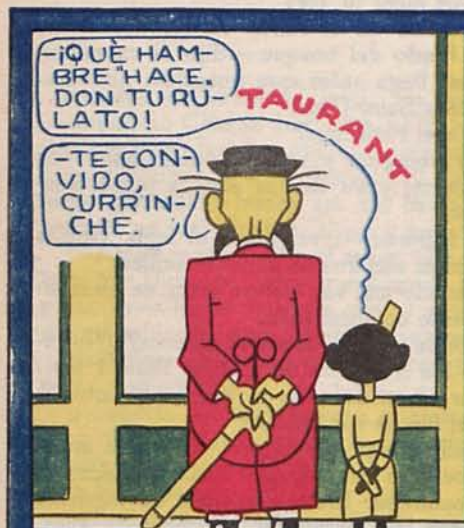
(Continuará en el número próximo.)



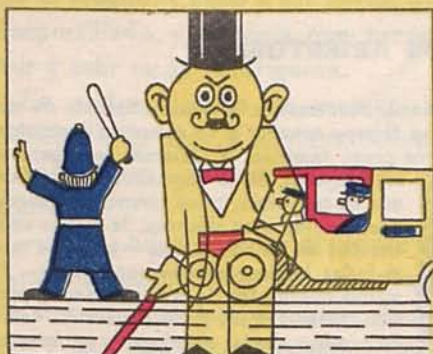
LEED LA DIVERTIDÍSIMA AVENTURA
PINOCHO CAZA UN LEON
DE LA SERIE "PiNoCHO CONTRA CHAPETE"
QUE ACABA DE PONERSE A LA VENTA
EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS
Ayuntamiento de Madrid



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



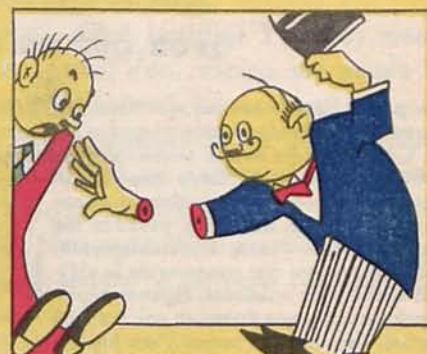
LO QUE OCURRIÓ A D. CLEMENTE HOMBRE FINO Y COMPLACIENTE



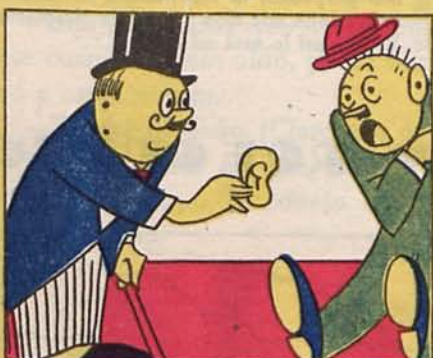
Detan fino, Don Clemente
era a veces transparente.



Si decía "A LOS PIES DE USTED"
lo hacía de buena fe.



A sus amigos, ufano
les daba siempre la mano



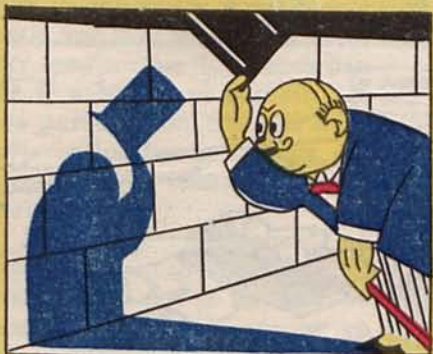
Y al que era presumido,
le regalaba el oído.



Con finura y buenos modos
solía hablar por los codos



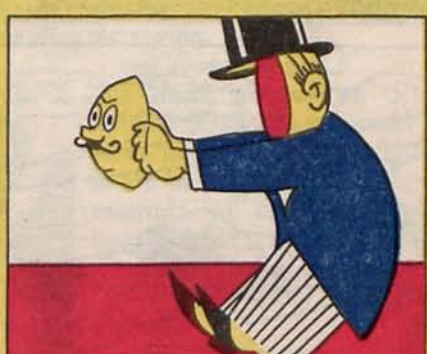
Cuando algo se le decía
todo oídos se volvía



Si de noche paseaba
a su sombra saludaba.



Y ante una indelicadeza
perdía siempre la cabeza



Por quien lo necesitara
él daba siempre la cara



Un día, su amigo Riste
levino a contar un chiste



Por no resultar grosero
se hechó a reir placentero



Y tanta risa fingió
que de risa se tronchó

¿SABEIS POR QUÉ...?

DIVULGACION CIENTÍFICA

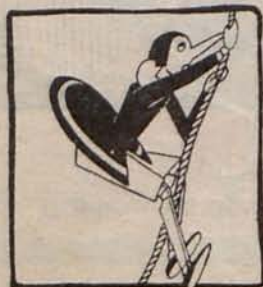
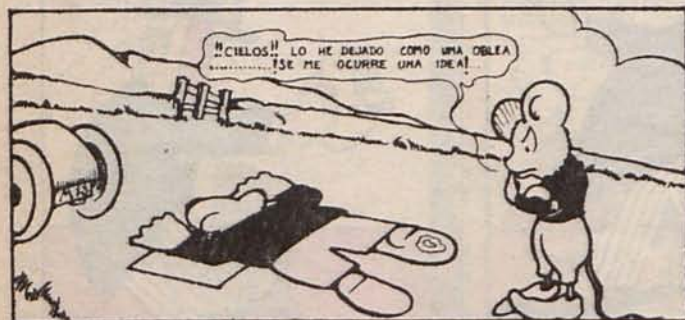
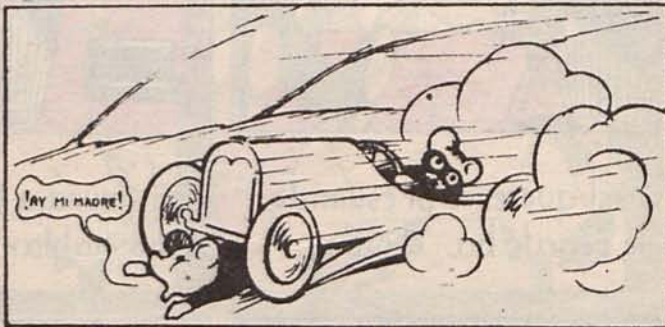
¿POR QUÉ NO PODEMOS DORMIR CON LOS OJOS ABIERTOS?

No puedo dormir con los ojos abiertos. Esta es la verdad. Siempre que lo he intentado, mis párpados han cerrado mis ojos, a pesar mío. Cuando tengo mucho sueño, pierdo fuerzas, no puedo mantener los ojos abiertos. Estoy convencido de que nuestra necesidad de dormir, cuando es muy grande, hace muy pesados los párpados y éstos caen, inevitablemente, en el momento en que pasamos de la vigilia al sueño. Hay animales, algunos reptiles, por ejemplo, que duermen con los ojos abiertos. También los peces. Pero los peces, como los reptiles a que aludo, duermen con los ojos abiertos por la sencilla razón de que no pueden cerrarlos, y no pueden cerrarlos, naturalmente, porque carecen de párpados, amigo mío. No obstante, la otra noche medité un procedimiento: ¿Y si alguien, otra persona, nos sostuviese los párpados, podríamos dormir con los ojos abiertos, como los peces? Tengo un buen amigo que se comprometió a mantener abiertos mis ojos,



conteniendo con sus manos, suavemente, el descenso de mis párpados. Estuve mucho tiempo, mucho. Y no conseguí dormir. Mi amigo se cansó; yo me cansé también. Y dejamos la experiencia, seguros de la imposibilidad de dormir en tal forma, pues ocurría... Ocurría que, con los ojos abiertos, la misma obscuridad de la habitación —y mucho más si la luz hubiese estado encendida—, la misma obscuridad de la habitación impresionaba mis ojos. Esta impresión tenía mi cerebro alerta, *despierto*, y me mantenía, a pesar de mi deseo de dormir, completamente vigilante. Y ya estoy convencido, y ahora, como se verá, definitivamente. No puedo dormir con los ojos abiertos. Primeramente, porque se me cierran, a pesar mío, cuando tengo sueño; después, porque, de contener alguien mis párpados, la luz, aunque sea escasa, impresiona mis ojos y me deja despierto, absolutamente despierto, ya que así lo está mi cerebro.

HAZAÑAS DEL RATON DON ROQUEESO



ACABA DE PUBLICARSE
**PINOCHO EN EL CENTRO
DE LA TIERRA**

DE LA SERIE "PINOCHO CONTRA CHAPETE"
PEDIDLO EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS

Ayuntamiento de Madrid

HISTORIAS DE ANIMALES

EL CONEJO SIMÓN

El conejo Simón, como conejo de corral, no conocía el mundo. Comía a sus horas, bien que en un plato desportillado, y no tenía que preocuparse sino de entrar y salir en su madriguera.

Su padre, conejo de montes, tenía mucha experiencia de la vida y le daba consejos para cuando Simón sintiese deseos de correr el mundo.

—Mira, hijo —decía el padre mientras rumiaba gastando sus dientes, esos dientes de los conejos que siempre, siempre crecen y hay que irlos gastando para que no se crucen, se claven en las encías contrarias y asfixien a los pobres lepóridos—; mira, hijo, ten siempre mucho cuidado de los tiros.

—¿Y qué son tiros?

—Son unas cosas que hacen ¡pum!, pero que cuando las has oído, ya las tienes dentro y estás muerto.

—Tendré cuidado. ¡Claro que lo tendré!

Y llegó el día en que, por un agujero abierto al campo, el conejo Simón salió a correr mundo.

—¡Pum!

El conejo Simón cayó estirado.

—Esto es un tiro. ¡Qué fastidio! Ya estoy muerto. ¡Qué raro es estar muerto! Veo, respiro, me puedo mover, puedo comer hierbecitas... Yo creí que era peor.

Un pato le convenció de que aquello no era un tiro, sino un cohete, que son tiros al cielo y no hacen mal ninguno.

Esto hizo que Simón abandonase su postura yacente y siguiera recorriendo el mundo.

—¡Pum!

—¡Vaya! ¡Otro cohete! ¿Qué me importa? Los cohetes no hacen mal. Puedo moverme, ver, oler, respirar... Pero ¿qué me pasa? No puedo hacer nada de eso: ni ver, ni oler, ni oír, ni respirar, ni moverme... ¿Qué me pasa?

Otro pato le convenció de que aquello no había sido un cohete, sino un tiro, un tiro que le había matado.

Y Simón, cuando oyó que el tiro lo había matado, se asustó tanto, que se murió.



EL BACALAO QUE QUISO VOLAR

Aquel bacalao envidiaba, no sólo a las gaviotas que se sentaban en la superficie del mar, sino también a los peces voladores y hasta a los delfines, que dan su salto de circo fuera del agua.

Sencillamente, aquel bacalao quería volar.

Era inútil querer convencerle de que en el agua se está mucho mejor y no hace tanto aire. Era inútil hacerle ver la conveniencia de nacer pez ante la de nacer ave, porque los peces han de ir a buscar el anzuelo que los pesque, mientras que a los pájaros los busca la bala del cazador y no ellos a la escopeta.

Pero el bacalao aquel era testarudo y caprichoso, como cualquier niño de los que no leen PINOCHO, porque yo estoy seguro de que nuestros lectores no son así.

—¡Quiero volar, eal!

Pero como si pidiera la Luna. No era posible complacerle. Entonces su mamá le contó un cuento de otro bacalao como él, que quiso volar, y voló.

—¿Cómo fué, mamá?

—Pues verás. No pensaba en otra cosa que en volar; y he aquí todo lo que hubo de

suceder para que sus deseos se cumplieran. Primero, lo pescaron. ¡Qué horrible cosa! Un alambre enganchado a la boca que tira y tira para arriba. Luego, sobre aire. Unos coletazos de plata, y ya está muerto. Entonces le quitan la cabeza. Después lo abren de par en par, lo planchan y lo llenan de sal para que se seque, y así, planchado y salado, sin cabeza y todo blanco, se ofrece a los días de vigilia.

—¿Y voló, mamá?

—Voló; porque un día un niño lo pintó de colorado y le puso una cola de papillotes y le ató un hilo largo, largo, y lo remontó al aire. Abierto, el bacalao parecía una cometa... Y colorín, colorado.

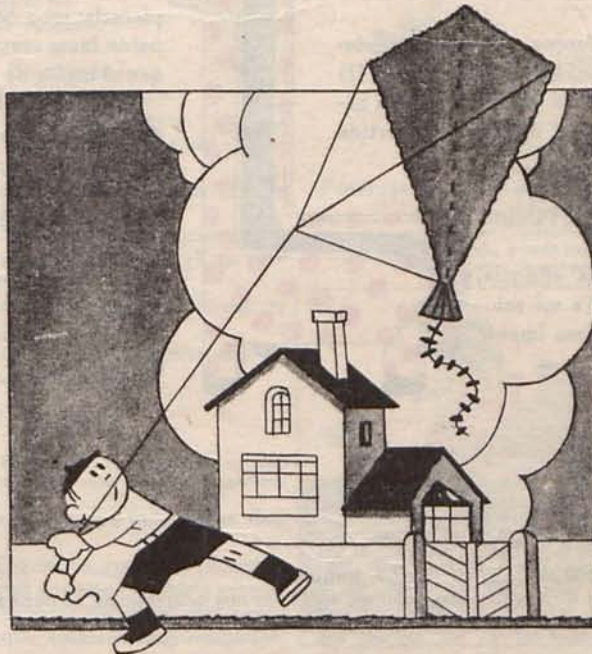
—¿Voló por los aires, mamá?

—Sí. Pero para volar, ¡cuántas cosas tristes le pasaron! ¡Y cómo le lloró su mamá! ¿Ves como no hay que desear volar cuando se es bacalao?

—Es verdad. Yo no quiero volar siendo pez.

Pero se asomó un poco al tejado de las olas que vienen, y mirando al cielo azul no pudo contener un suspiro.

—Pero, ¡si hubiera nacido golondrina!...



Muñecas Pagés

Trajes para Niños

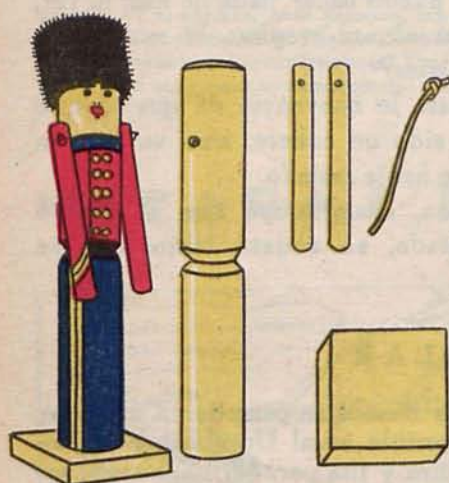
PERRITO XAUDARÓ

Peligros 6 Y 8 (entresuelo) Madrid
Ayuntamiento de Madrid



SECCIÓN PIRULA

PIRULA, FABRICANTE DE JUGUETES



Quando váis de tiendas con mamá, a la vuelta os suele conceder el inestimable honor de llevar algún paquetito, cuyo bramante, con insospechada malicia, dá vueltas sobre sí mismo, hasta herir vuestro delicado dedito.

Algunos comerciantes, para evitar esta molestia, colocan en el bramante un cilindro de madera, idéntico al que aparece en la figura A.

Al volver a casa, ¿qué hacéis con ese cilindro? Sin duda, arrojarlo a la basura con la convicción de que no sirve para nada.

Pues bien, yo que me paso la vida estudiando el medio de agradaros, de demostraros que todo —sin excepción— puede tener alguna utilidad, y de aprovechar en vuestro beneficio hasta las cosas más ínfimas, os ofrezco hoy el medio de transformar el deleznable cilindrito en un precioso muñeco.

Para ello basta con pintarlo como el adjunto modelo —o de distinto modo si preferís— pegarlo sobre un cuadradito de madera que le sirve de peana y añadirle a los lados dos palitos, sujetos por una gomita que pasa a través del cuerpo —fácil de taladrar con un punzón— y serán dos brazos movibles.

Con sólo vestir el muñeco con una faldita fruncida alrededor de la escotadura central, quiero decir de la cintura, lo transformaréis en muñeca, una muñequita, no tan sabia quizá como la que suscribe estas líneas, pero, desde luego, encantadora y barata.

PIRULA, MUEBLISTA

Entre las innumerables cartas de lectoras que recibo a diario encontré una ayer, que decía así:

«Señora Pirula: Estoy muy contenta porque mi papá ha mandado hacer para mi cuarto una banqueta de clón «Mister Dick» (1) y el capintero ha llevado baratísimo, por lo fácil que era de hacer; todo el que la ve se entusiasma de tan original y divertida como resulta.

Pero yo soy un poco comodona y me gustaría también sentarme en algo que tuviese respaldo. ¿Quieres, Pirulita, dibujarme un butacón?»

Suprimo el final de la carta, firmada «Poqui», porque mi adorable comunicante dedica a mi sabiduría y talento elogios que mi modestia me impide reproducir.

(1) Véase el número 12 de PINOCHO.



Llena de agradecimiento me he apresurado a complacerla; creo que quedará contenta. Para que el respaldo fuese muy alto, se me ha ocurrido nada menos que el cuello de una jirafa.

Ahi tenéis el butacón compuesto por dos tablas ordinarias, recortadas en forma de jirafa y pintadas de amarillo.

Entre las dos va una tira de lona azul que probablemente mamá o papá sabrán colocar haciendo las veces de tapicero.

Los lunares rojos los pintais vosotros; os advierto que aunque no os salieran muy redondos ni simétricos, «Doña Jirafa» es tan indulgente que no ha de protestar.

PIRULA, MODISTA

¿Os gusta jugar a las damas? A mí, con delirio; a Pinocho, también.

A lo mejor, cuando voy al periódico a entregarle mis dibujos, él, al ver mis ocurrencias, se pone muy contento y exclama:

—¿Echamos un partidito, Pirula?

—Echamos un partidito, Pinocho —contesto yo.

Y partido tras partido, se nos pasan las horas jugando, moviendo las fichas, «soplando» y «comiendo».

Verdad es que él me gana casi siempre. ¡Cualquiera le vence al gran Pinocho; ni en las damas ni en nada!

Pues bien; a lo que iba; como me gusta tanto este juego, se me ha ocurrido dibujaros un vestidito o delantal, hecho con una tela de ajedrezado, que, además de ser graciosa, está muy de moda.

La hechura no puede ser más sencilla, puesto que sólo lleva arriba y abajo una franja de tela de color fuerte.

Su originalidad estriba en unos grandes botones negros y otros blancos que se pegan a capricho, como lo indica el grabado; los negros en las casillas blancas y los blancos en las casillas negras.

Ahora, que si yo me pusiera un traje como este, era muy capaz, llevada de mi afición, de quitármelo en cualquier parte, descoser los botones y ponerme a jugar.

No os aconsejo que lo hagais; no sería del todo correcto.





EL TEATRO DE PINOCHO

PINOCHO, PIRULA Y EL SEÑOR POLICHINELA

COMEDIA BUFA REPRESENTABLE, EN TRES CUADROS

PERSONAJES: Pinocho, Pirula, Currinche, el señor Polichinela, Arlequín, Pierrot y Colombina.

CUADRO I

La escena representa la redacción de PINOCHO. En el foro una puerta; a derecha e izquierda, una mesa con una silla detrás. En el testero, frente al público, grandes retratos, cómicamente pintarrajeados, con dedicatorias legibles. Un retrato representa un detective con pipa, gorra inglesa y revólver en mano, y la dedicatoria dice: «Al glorioso Pinocho, con el respeto de Sherlock Holmes». Otro retrato representa un hombre envuelto en pieles, y la dedicatoria dice: «Al descubridor del Polo Norte, el gran Pinocho, recuerdo de Nanuk el esquimal». Otro, un futbolista, y dice: «A Pinocho el vencedor», firmado Zamora, etc., etc. Encima de la puerta, en el centro del testero, un retrato, mayor que todos los demás, representa un señor de tipo yanki con patillas rojas, y la dedicatoria descomunada, dice: «A Pinocho, maestro del periodismo, su humilde colega el director del New-York Herald».

Por todas partes, clavados en la pared, sobre las mesas y las sillas, hasta por el suelo, números de PINOCHO y tomos de *Las aventuras de Pinocho*.

Detrás de la mesa de la izquierda, Pinocho, sentado, con una gruesa pipa en la boca, escribe febrilmente.

En la mesa de la derecha, Pirula pinta con gran aplicación.

PINOCHO. Pasándose la mano por la frente. ¡Qué barbaridad! ¡Siete horas sin levantar la cabeza! Esto es trabajar y lo demás... jugar al «mah jong».

PIRULA. Levantando la cabeza y quedándose con su pincelito en el aire. ¿Qué tal va ese número, Pinochín?

PINOCHO. ¡Uy!, está quedando precioso. En cuanto le termine y conteste a las mil ochocientas noventa y tres cartas que he recibido desde ayer, descansaré dando una vueltecita alrededor del mundo en busca de nuevas aventuras sensacionales.

PIRULA. Algo inquieta. ¿No estarás mucho tiempo ausente, Pinocho? Mira que el señor director...

PINOCHO. ¡Oh!, no te apures, Pirulilla; a los siete días justos estoy de vuelta para preparar el número siguiente. ¿Y tu sección, qué tal anda?

PIRULA. Con aire de misterio. Estoy ideando una pantalla en forma de higo chumbo que va a dar el golpe.

PINOCHO. Mira, Pirula, eso del higo chumbo explícalo muy clarito, porque por muy listas que sean tus lectoras... Se oyen tres golpecitos a la puerta.

VOZ DE CURRINCHE. ¿Se puede pasar?

PINOCHO. Adelante, Currinche.

Entra Currinche, el negrito de don Turulato. Viste de botones, con una gorra de plato, en la que aparece, en letras rojas y azules, la palabra PINOCHO.

CURRIN. Hay ahí un caballero que dice que quiere hablar con don Pinocho y la señorita Pirula.

PINOCHO. Frunciendo ligeramente el entrecejo. Currinche, ¿cuántas veces habré de repetirte que nosotros no podemos recibir a ningún visitante? Pásale a ese caballero al despacho del señor Director y déjanos trabajar, que estamos muy ocupados.

CURRIN. Está bien, don Pinocho, yo se lo diré; pero no sé que va a decir cuando yo le diga que usted ha dicho... Vase hablando entre dientes.

PIRULA. Riendo. ¡Qué Currinche éste!

Pinocho torna a escribir y Pirula a pintar. Pausa.

CURRIN. Reapareciendo. Ese señor no quiere ver al director y dice con mal humor que él es suscriptor, y que será mejor que le reciban...

PINOCHO. ¡Basta, Currinche, basta! De sobra sabes que no nos debemos dejar ver de nadie y que perderíamos algo de nuestro prestigio si nuestros lectores nos conociesen en carne y hueso...

PIRULA. Interrumpiendo dulcemente. Querrás decir en madera y cartón.

PINOCHO. Prosiguiendo. ...por lo tanto, arréglate tú con ese caballero y que te diga a ti lo que quiere.

CURRIN. Asustado. Es que yo me tengo que marchar corriendo, porque mi amo don Turulato me está esperando para pasar el rato para el número próximo.

PIRULA. Mira, Currinchito, no te pongas pesado. Le dices a ese caballero que no estamos, y en paz.

En este momento, en la puerta que Currinche ha dejado entreabierta, aparece una enorme nariz ganchuda y una voz burlesca dice: ¡Cucú!

PINOCHO Y PIRULA. A una y poniéndose en pie con un grito de asombro. ¡El señor Polichinela!

Entonces la puerta se abre de par en par y aparece Polichinela con sus dos jorobas.

POLICHINELA. Inclínándose con una gran reverencia grotesca y declamando pomposamente. ¡Heme en el tinglado de una nueva farsa! Y mientras Currinche huye, Pinocho y Pirula se precipitan hacia el señor Polichinela, y cada cual le coge de una mano y le hacen sentarse, con grandes muestras de entusiasmo.



(Continuará en el número próximo.)

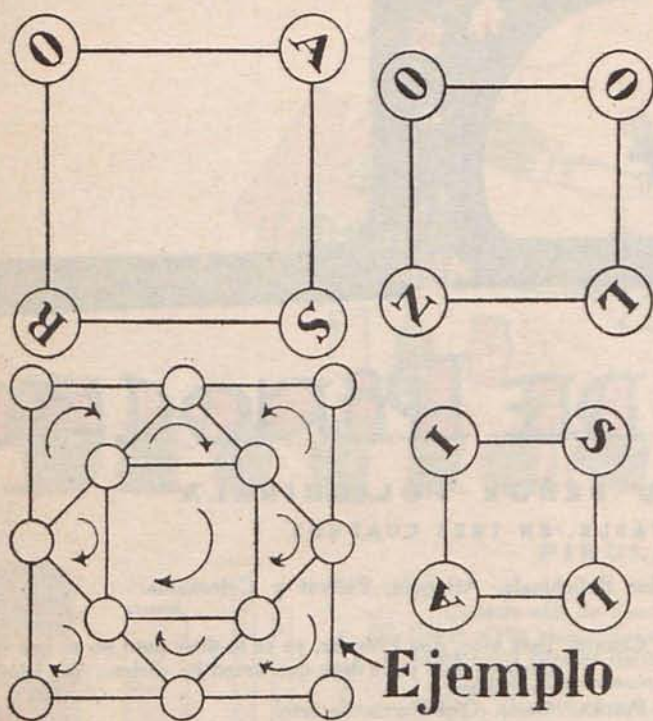
Lee las nuevas y extraordinarias aventuras de Pinocho

Ayuntamiento de Madrid



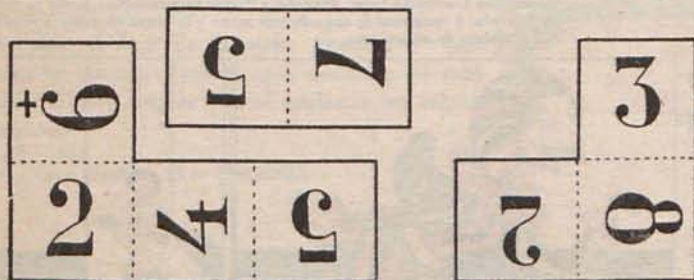
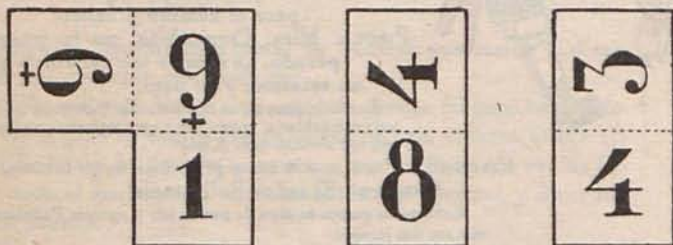
CONCURSOS

LOS TRES CUADROS



Ejemplo

Fíjate. Este es otro pasatiempo, acaso más bonito que los anteriores. Se trata de calcar, o de dibujar por ti mismo, esos tres cuadros, y colocarlos en la forma que te ofrece el ejemplo. La figura que obtengas estará compuesta, como ves, de varios triángulos, agrupados alrededor de un cuadrado. Este cuadrado, así como los triángulos, se verá rodeado de círculos, cada uno de los cuales contendrá una letra. Tu trabajo consistirá en conseguir sacar una palabra de cada triángulo, reuniendo las letras que lo limitan, y otra palabra del cuadrado del centro, agrupando las letras de sus vértices. Por ejemplo, si en el cuadrado hay repartidas las letras P, A, N y A, tu habrás de reunir las, en el sentido de la flecha, para formar la palabra *pana*. Si un triángulo de los pequeños se ve rodeado de las letras A, N y A, reunirás estas letras, siempre en el sentido de la flecha, y reconstruirás la palabra *Ana*. Y así en todos los demás, amigo mío.



Hemos visto el entusiasmo con que habéis acogido nuestro anterior pasatiempo de palabras cruzadas. Hemos recibido, del tal pasatiempo, infinidad de soluciones, muchas soluciones. Vemos que los pinochistas, como esperábamos, se entusiasman con esos entretenimientos, que en estos días, en toda Inglaterra, y sobre todo en Londres, constituye el juego habitual de los niños y personas mayores. Constituye una moda, un verdadero furor. Contando con vuestro entusiasmo, PINOCHO seguirá dando pasatiempos de palabras cruzadas. Estos pasatiempos, según se vayan sucediendo, cada vez serán más difíciles. Para ellos creamos un gran premio, aparte de los demás concursos. Cuando termine la serie de palabras cruzadas recompensaremos con aquel premio extraordinario al concursante que haya enviado el mayor número de soluciones exactas. Si hubiera varios en iguales circunstancias, el premio — que anunciaremos a su tiempo y que será, como digo, *verdaderamente importante, espléndido, estupendo* — se sorteará inmediatamente, con absoluta garantía, entre aquellos concursantes que hayan mandado el mismo número de soluciones.

Enviad las soluciones a PINOCHO, Apartado 447-Madrid, poniendo en el sobre «Para el Concurso».

CUPÓN 14

♦ ♦ ♦ ♦ Colaboración infantil

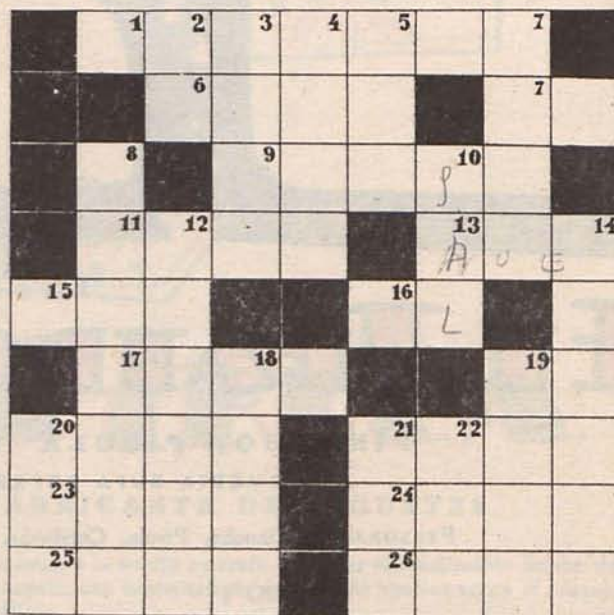
¡Ah!, no olvidéis que con las soluciones de cada número debe acompañar el cupón que dice:

“Concursos PINOCHO”

Ayuntamiento de Madrid

PALABRAS CRUZADAS

PROBLEMA



LISTA DE INDICACIONES

HORIZONTAL

1. Un héroe de Calleja.
6. En un bote.
7. Infusión.
9. Pueblo en Navarra.
11. Descender.
13. Personaje de la Historia Sagrada.
15. Usado para edificar.
16. El que habla.
17. Contra la ley.
19. Navegación.
20. Simio.
21. Beneficioso.
23. Historia.
24. Cero.
25. Lugar en Santander.
26. Impresión en la nariz.

VERTICAL

2. No quedarse.
3. Niño.
4. Nombre de un moro del siglo IX.
5. Lo que dá una mula.
7. No, esto.
8. Instrumento.
10. Condimento.
12. Enloquecer.
14. Danzar.
18. Juego.
19. Casa de pájaro.
20. Lo contrario de menos.
21. Menos que dos.
22. Que indica igualdad.

La explicación de la manera de resolver este problema, véase en el número 12.

NÚMEROS COMBINADOS

Aquí tenéis seis piezas. Vuestro arte consistirá en encajarlas para formar con ellas un cuadrado perfecto. Ese cuadrado tendrá, sin embargo, una virtud, y será la siguiente: En él habrá números colocados de tres maneras distintas. Unos, derechos, verticales; otros, tendidos, horizontales, y otros, por último, con la cabeza hacia abajo. Pues bien: vuestro talento hará formar el cuadrado de tal manera que los números de esta y la otra casilla, pero colocados en el mismo sentido, sumen lo mismo que los demás, colocados de manera distinta. Es decir, si los números tendidos, repartidos en diferentes cuadrados, suman 20, por ejemplo, los demás, todos los verticales y todos los de cabeza hacia abajo, deberán sumar 20. Ello depende, como veis, de la manera de encajar las piezas al formar el cuadrado.

CUPÓN 14

♦ ♦ ♦ ♦ Concursos PINOCHO

COLABORACION INFANTIL



Estudio del pintor malo.



Pilarín se levanta el domingo a las ocho para ir a misa y comprar... PINOCHO.



—Me han enterado que tienes un empleo muy alto.
—Sí; me han colocado en el Sol.



—Papá: ¿en qué se parece tu reloj a un tren?
—No sé, hijo.
—Pues en que tienen máquina.

RAMÓN GAYA.
Catorce años. Murcia.

MARGARITA VALLE.
Doce años. Madrid.

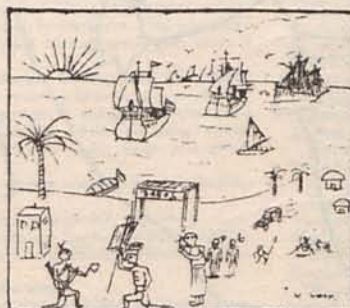
CÉSAR TORRES.
Quince años. Madrid.

M.^a DE LOUDES LATRÚSTEGUI.
Madrid.



—¿Qué oficio tiene tu padre?
—Albañil, señor.
—¿Y tu madre?
—Planchadora.
—Entonces, ¿por qué mendigas?
Porque soy huérfano.

RAFAEL MONTERO.
Madrid.



Descubrimiento de América por Colón.

IGNACIO DE LARA.
Trece años. Valladolid.



Una calle del siglo XV.

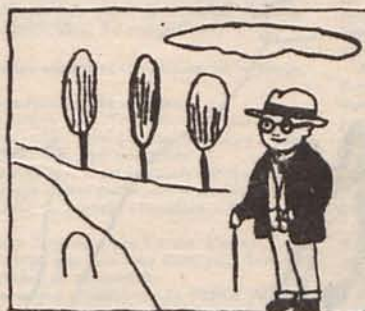
JAVIER LOMAS.
Once años. Madrid.

AVENTURAS DE MIOPETE



—Si me gusta venir por estas suéras es por este arbolito.
Pues no le noto nada de particular.
—¿Te has fijado en la copa?

CARLOS GARCÍA DÍEZ.
Madrid.



Miopete sale a dar un paseo.



Al ver unas setas tan hermosas decide cogerlas.



Pero su asombro fué morrocotudo cuando vió que era una percha.

PAQUITA PORTILLO.
Diez años. Madrid.



Apunte del natural en el campo del Atlético.

LUIS GARCÍA.
Nueve años. Madrid.



—Oye, salveje; no hagas el indio, ¡eh! Si tienes hambre, ahí en el morral tienes pan y queso.

C. GALLARDO.
Doce años. Tarragona.



—Pero, hija mía, ¿cómo te has cortado el pelo a melena?
—No me regañes, mamá; es que hemos estado jugando a las casas de fieras, y a mí me ha tocado hacer de leona.

A NUESTROS COLABORADORES

Para colaborar en PINOCHO debéis hacer los dibujos con tinta china, nunca con lápiz ni en colores. Los cuentos no deben pasar de cuarenta líneas escritas en una cuartilla corriente. Mandad los trabajos firmados con vuestro nombre y apellido, indicando el lugar de vuestra residencia y edad, y acompañados del cupón para «Colaboración infantil».

ADVERTENCIA:

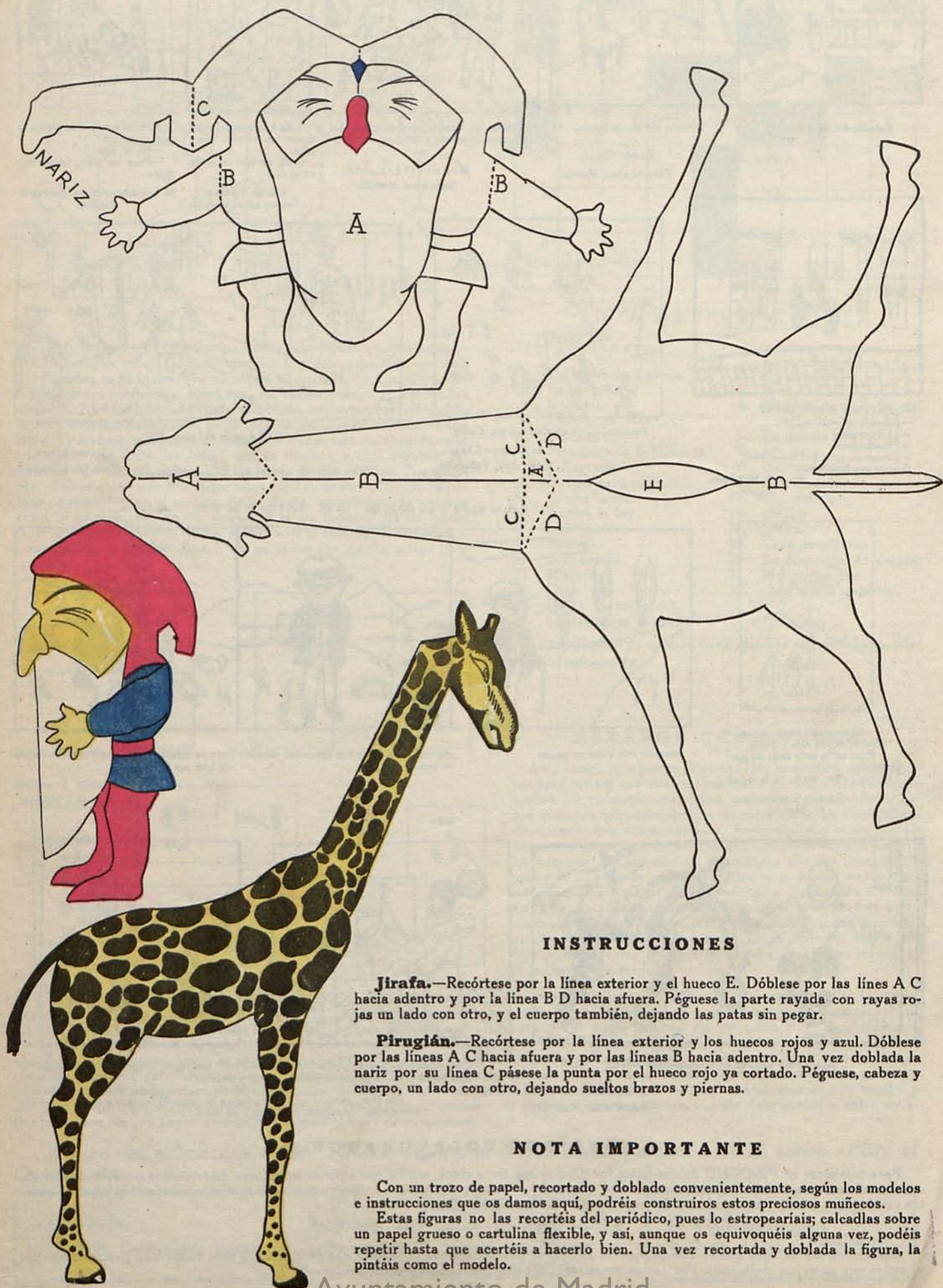
Son tantos los trabajos que recibimos, que no es posible publicarlos con la rapidez que desearíamos; pero todos irán publicándose por el orden que se vayan recibiendo. Por eso os recomendamos que tengáis un poco de paciencia.

Ayuntamiento de Madrid

SECCIÓN RECREATIVA



FIGURAS RECORTABLES



INSTRUCCIONES

Jirafa.—Recórtese por la línea exterior y el hueco E. Dóblese por las líneas A C hacia adentro y por la línea B D hacia afuera. Péguese la parte rayada con rayas rojas un lado con otro, y el cuerpo también, dejando las patas sin pegar.

Piruglán.—Recórtese por la línea exterior y los huecos rojos y azul. Dóblese por las líneas A C hacia afuera y por las líneas B hacia adentro. Una vez doblada la nariz por su línea C pásese la punta por el hueco rojo ya cortado. Péguese, cabeza y cuerpo, un lado con otro, dejando sueltos brazos y piernas.

NOTA IMPORTANTE

Con un trozo de papel, recortado y doblado convenientemente, según los modelos e instrucciones que os damos aquí, podréis construirs estos preciosos muñecos.

Estas figuras no las recortéis del periódico, pues lo estropearíais; calcadlas sobre un papel grueso o cartulina flexible, y así, aunque os equivoquéis alguna vez, podéis repetir hasta que acertéis a hacerlo bien. Una vez recortada y doblada la figura, la pintáis como el modelo.

CORRESPONDENCIA

En esta sección contestaremos a cuantos nos consulten por escrito. Pero tengan en cuenta los que nos escriban que la contestación a sus cartas tardará en publicarse aproximadamente un mes, por necesidades impuestas por la confección del periódico. Eso sí, *contestaremos a todo el mundo*.

E. Cano. (Barcelona).—Admitimos tu casa, tu bonita casita de campo. También admitimos el cocinero que nos mandas, aunque no sabemos todavía, esta es la verdad, si guisa bien o malamente.

Ruperto Izquierdo. (Valderas).—Tu dibujo está bien, pero el chiste... En otra ocasión, amigo Ruperto, medirás las palabras con un bonito compás. ¿Entiendes?

César Pérez García. (Sevilla).—Como eres sevillano, puedo exigirte un poco de originalidad. Tú sabrás complacerte haciendo cosas más tuyas.

Rafael Aqueta.—Admitimos tu primoroso chiste.

Carmen Merino (Avila).—Muy bien, muy bonito tu dibujo, graciosa Carmen. publicará aquí a su tiempo.

Farfán. (Madrid).—Tu dibujo no tiene otro defecto que venir en color. Y ya sabes lo que ocurre, lo que llevo diciendo desde hace años...

Juan Vidal. (Barcelona).—Tu dibujo ha llegado con tan escasa tinta, que apenas si podemos publicarlo. Además, el chiste, amigo Juan, no es muy original, que digamos. Esperamos nuevos trabajos tuyos. Tú puedes hacer muy buenas cosas.

José García Blanco. (Madrid).—Con el talento que tú manejas y con la edad que has alcanzado ya, te suponemos en condiciones de construir chistes extraordinarios. Cuando lleguen éstos a nuestras manos, los publicaremos con mucho gusto.

Augusto Lasso Gato. (Madrid).—¡Qué malito eres! No te ha llamado la suerte ¡ingrata!—por el camino del dibujo. Tampoco por el de la literatura. Hay que hacer las cosas, por lo menos, ocho veces mejor que como tú las haces para llegar, como lo alcanzan otros, a publicar en PINOCHO.

Pepita Mompeau, Rogelio Mompeau y Antonia Mompeau. (Madrid). Admitimos vuestros graciosos chistes. Están bien. En cuanto a la tinta, si queréis hacer con ella, como me figuro, algunos dibujos, no me parece lo suficientemente buena para tal empleo. Esta es mi opinión, la que vosotros solicitais. Nunca me hubiera atrevido a opinar sobre vuestra tinta; pero a vuestro ruego no se resiste nadie, mis queridos amigos.

Antonio Corralín. (Madrid).—Tu buen *mister* queda completamente admitido, con polainas, cachimín, monóculo y bastón.

C. Gallardo. (Tarragona).—Publicaremos tu gracioso dibujo, querido C.

Eduardo de Palma. (Barcelona).—Tu cuento nos hace conocer tu ingenio. Estamos seguros de que conseguirás hacer buenas cosas, magníficos cuentos, que causen la admiración de los lectores de PINOCHO.

José Aragonés. (Toledo).—Admitimos tu bonito chiste.

Félix González. (Madrid).—También los tuyos, querido Félix, quedan formando cola, esperando la hora de salir al público.

Carmen Pérez. (Madrid).—Tu dibujo está bien, y queda admitido. Tu chiste está bien, y queda admitido. Sin embargo, para otra vez, graciosa Carmen, te recomendamos un poquito de originalidad. Con lo listísima que tú eres, podrás inventar los chistes por tí misma. ¿Comprendes, Carmencita?

José Olivera. (Barcelona).—Muy bien. Publicaremos tus *colmos* y *parecidos*. Eres un chiquillo ejemplar.

César Somoza. (Madrid).—También tu chiste, gran César, queda admitido.

Margarita Vallvé. (Madrid).—Deliciosa Margarita: Tu dibujo merece el más caluroso de mis elogios. Se publicará tu bonita *Pilarín* que habrá de encantar, con la mariposa de su pelo, a todos los lectores de PINOCHO. Tu amiga Pirula te felicita cordialmente.

Juan Montero. (San Sebastián).—Quedan admitidos tus chistes. Se publicarán a su hora.

José Ajuria y Andrés Ajuria.—También admitidos los vuestros.

Antonio Sagasta y López. (Madrid).—Muy mal. Te hablo con sinceridad, amigo Antonio. Muy mal. Hay que hacerlo mucho mejor; pero que mucho mejor. Tus dibujos no son dibujos. Tus cuentos no son cuentos. ¡Oh, qué catástrofe!

Maria Jesús Castilla. (Madrid).—Para publicar, si así lo quiere usted, dícas al pie de tu precioso cuento, María Jesús. ¡Y claro que quiero publicarlo! Está muy bien, muy bonita tu preciosa obra. Saldrá en PINOCHO y, seguro, encantará a los *pinochistas*.

Eugenita G. (Zaragoza).—Este G., amiga Eugenita, ¿es García, Gómez, Garrido? Sácanos de esta duda. Publicaremos tu cuento, que está muy bien; pero lamentamos mucho no poder dar a los lectores la integridad de tu apellido.

Juan Salván Martí. (Madrid).—Serás un asiduo colaborador de PINOCHO si pones un poquito de cuidado en tus trabajos. Estamos convencidos de que puedes hacerlos muy bien, excelentes.

Luis García. (Madrid).—Admitido.

Nicolás Morán. (Bilbao).—Tinta china, muy buena tinta china, negra, absolutamente negra. Sin esa tinta, amigo Nicolás, no conseguirás hacer ningún dibujo aplicable. ¿Olvídarás esto?

F. Manzanares. (Madrid).—Admitimos tu chiste.

M.ª Amalia Meana. (Santander).—Publicaremos el chiste. En cuanto al cuento..., lo dejamos aparte, en el cofre de los veinte candados, hasta que hagas algo mejor, verdaderamente bueno e interesante.

Carlos Calvo. (Madrid).—Saldrá tu traducción, que nos parece buena. Sin embargo, para otra vez, procura el cuento original, tuyo.

Glorita Salvia, Pepiteta Salvia. (Tortosa).—Aparecerán en PINOCHO vuestros bonitos dibujos.

Juan Manuel Fanjul. (Madrid).—Bien. También tus chistes, amigo Juan, quedan admitidos.

Eugenio Méndez Vilaseca. (Madrid).—¡Horrible! Tus dibujos no pueden pasar. Han quedado detenidos, por malos, en la puerta de la redacción.

Pablo García. (Madrid).—Como a Nicolás Morán, y como a tantos otros, te recomendamos tinta china.

Francisco Orgaz. (Madrid).—Muy bonito tu boxeador. Queda admitido.

Luis Martínez Ordóñez. (Badajoz).—Se publicará el *razonamiento*. Está muy bien, con lógica, razonadísimo.

Carlos González Sanchis.—Para tus tres años tu dibujo está bien y aparecerá en PINOCHO conforme le llegue su turno. Como eres un niño muy listo y sabes ya leer, supongo te alegrarás mucho al encontrar estas líneas.

Antonio Salvia. (Tortosa).—Como los de Gloria y Pepita, publicaremos tus dibujos.

Pancho y Quico.—¡Tinta china!

Juan de Dios Risco. (Badajoz).—Quedan admitidos tus bonitos *colmos*.

Javier Lomas. (Madrid).—¡Qué pintoresca tu *calle del siglo XVI*! Saldrá en PINOCHO para que el público admire tu talento.

José y Antonio Solor. (Málaga).—Publicaré el chiste de Pepito, que está muy bien. Los dibujos, en cambio, no los podré publicar. La tinta no es lo suficientemente china. Enviad nuevas cosas, con marco o sin marco, como queráis; pero siempre con la tinta que recomiendo a cada instante. ¿Estamos?

Jesús L. de Rivera. (Valladolid).—Tu bonito cuento aparecerá en PINOCHO.

Julian Culebras Vélez. (Madrid).—Apartamos tus dos cuentos hasta que nos envíes algo definitivamente bueno. Con poco que te empeñes en hacerlo bien, lo harás inmejorable. Así lo creemos.

Eugenio de Arizcun García. (Tánger).—Eres un gran dibujante, amigo Eugenio. Tu historieta merece publicarse, y se publicará.

Maria del Carmen Elizalde. (San Sebastián).—Deliciosa Maria del Carmen: Tu cuento es precioso, originalísimo, admirable. Eres una niña con imaginación, pero con una imaginación extraordinaria. ¡Cuánto ha gozado tu amiguita Pirula leyendo tu relato! Y yo, simpática Maria del Carmen, ¡cuánto he gozado también al leer tu cuento! Se publicará, no te quepa duda. Así lo desea tu buen amigo, tu cariñoso amigo Pinocho.

Ana María, Alfonso y Rafael Castillo.—Vuestros dibujos han llegado muy confusos, emborronados. Con mucho gusto publicaremos vuestros trabajos, siempre que lleguen en buen estado. Quedamos esperando, queridos amigos.

Matilde Castro y Enrique Castro. (Madrid).—¡Qué bonito el refugio en la sierra! Mirando vuestros dibujos, entran ganas de abandonar Madrid. Todo es tan agradable en vuestros trabajos, que publicaremos éstos, admirables Matilde y Enrique, y Pinocho quedará muy honrado.

Jaime Quiroga. (Madrid).—Un poquito más, una chispita más de esmero y nos harás unos cuentos deliciosos, admirables. Confiamos en tu talento, querido Jaime.

Agustín Cases y Pérez. (Madrid).—¡Cómo te agradecemos tu dibujo! Decididamente tú tienes gracia, muchísimo ingenio. No me lo niegues, Agustín. Tú estás llamado a ser, con el tiempo y la esperanza, un dibujante excelente. Tu Pinocho y el caballo andaluz que le regalas en tu dibujo verán la luz pública, aunque tu Pinocho y el caballo estuvieran ciegos.

Gerardo Conforto. (Mahón).—Nos apresuraremos en dar a la publicidad tu nuevo y extraordinario invento. Es preciso que sea conocido por todo el mundo. Te lo agradecerá, sin duda, el Sr. Ford.

Elma Prio. (Barcelona).—Nos gusta mucho la ermita, amiga Elma. Está enclavada en un precioso campo, sólo Pinochita, que tan admirablemente aparece en tu dibujo, podía tener predilección, por su buen gusto, por una ermita tan deliciosa, rodeada de arboleda tan primorosa. Por este tu dibujo, Pirula te da las más expresivas gracias, y el gran Pinocho, que nunca se olvida de Barcelona, los más calurosos recuerdos para las Ramblas, la estatua de Colón, el Paseo de Gracia y la Plaza de Cataluña.

José María Echevarrieta. (Bilbao).—Muy bien. Publicaremos tu casa, amigo José.

Fernando Riera. (Barcelona).—Bonito el dibujo, preciosísimo el chiste. Ambas cosas quedan admitidas.

Armando Lauradó. (Madrid).—Lo tuyo, por bueno, se publicará.

Gumensindo García Sagasta. (Madrid).—Que Dios te perdone, amigo Gumensindo. No puede pasar. Tememos la protesta de los lectores de PINOCHO, que son muy cultos, muy inteligentes y, por lo mismo, exigentísimos.

Federico Mellado. (Valencia).—Estupendo. Eres un gran dibujante. Tus dos buenos dibujos se publicarán a su hora.

Marija Sanguino y Marija Martínez Nieto. (Almadén).—Bonito, interesante vuestro cuento. Lo admitimos.

Félix Pérez. (Zaragoza).—Admitimos tus chistes y dibujos; pero debo decirte que aquellos ya no se pueden tener en pie, de viejos.

José Heras. (Madrid).—Siempre que nos envíes cuentos y dibujos como estos que hoy recibimos tuyos, los publicaremos con mucho gusto. Eres un gran escritor y un magnífico dibujante, amigo Pepe.

Ramón Gaya. (Murcia).—Están muy bien. Tus dibujos aparecerán en PINOCHO, con gran contento de tu amiga Pirula.

José Benítez. (Madrid).—Lamentamos la delgadez de los personajes de tu chiste. Aquí, la verdad, los hemos encamado inmediatamente, proporcionándoles, para restablecer a tan endémicas figuras, un reconstituyente muy bueno, bueno al paladar. Creemos que con ese medicamento quedarán bien gorditos y rollizos para la hora en que han de salir al público. Ya lo verás.

Antonio Díez Lahoz. (Zaragoza).—¿Y te atreves, querido Antonio, a remi-tirme dibujos a lápiz? Que no digamos por aquí, por ningún motivo, que eres un desmemoriado. Tus dibujos están bien; pero adolecen del defecto ya dicho. Para otra vez, amigo, procura hacer tus trabajos con tinta china.

Ignacio de Lara. (Valladolid).—¡Magnífico dibujo! Merced a él, los lectores de PINOCHO conseguirán ver, mejor que en la Historia, el descubrimiento de América. Tu *descubrimiento* queda, pues, admitido.

Mateo Sánchez.—Tus chistes no son todo lo a propósito que debieran ser. Tienes gracia auténtica, verdadera, y esperamos mucho de ti, amigo Mateo.

Maria Salomé Rodeles. (Madrid).—Procura para otra ocasión hacer los dibujos con negra tinta china, muy negra. No eches en saco roto este encargo, tan necesario para poder hacer dibujos publicables. Tú eres lista, tienes buena memoria y no olvidarás el consejo.

Rafael Montero. (Madrid).—Admitimos tus chistes, amigo Rafael.

Antonio Jiménez Tejada. (Bilbao).—Queda para formar cola, como los mejores, uno de tus chistes.

José María Pellicer. (Madrid).—Esperamos de ti, amigo José María, algo más interesante, más bonito. El cuento que hoy nos mandas sólo nos sirve para demostrarnos que tienes talento y que, con un poquito de cuidado, podrás hacer verdaderas maravillas.

Marija García.—Admitimos uno de tus cuentos, el que relata las andanzas de Luisito, el niño desobediente.

Santiago Cabezas. (Barcelona).—Como del amigo Pellicer, esperamos de ti nuevos trabajos. Sabemos que podrás encantar a los lectores de PINOCHO si pones en tus escritos un poco de atención y cuidado. ¿No es verdad?

Carmen Fernández. (Madrid).—Eres una niña muy lista, muy graciosa. Tu cuento nos gusta, pero aguardamos otros cuentos tuyos que serán, sin duda, mucho mejores, maravillosos, sensacionales... Pirula te espera impaciente, segura de tu éxito.

Matilde Urrutia. (Madrid).—Simpática Matilde: Hay que retintar los dibujos a fin de colocarlo en condiciones aceptables. Tu *Rosita* es encantadora, pero no está todo lo negrita que debiera estar.

Ernesto Vignote. (Madrid).—No dudamos, no podemos poner en duda tu ingenio y estamos seguros de que conseguirás hacer un buen cuento, que tenga verdadero interés para los lectores de PINOCHO.

Fernando Santonja. (Madrid).—Tu cuento es malísimo. De puro malo, llega a tener alguna gracia. ¡Oh!, es imposible publicar nada, absolutamente nada, haciendo cuentos de esta clase.

José Luis Rifón. (Madrid).—Tus pasatiempos son muy bonitos y lamentamos que ahora, por la indole de Pinocho, no quepan en la revista. Más adelante, cuando inauguramos una sección de esa clase, no olvides remitirnos trabajos.

Antonio Camuñas. (Madrid).—Muy bien. Publicaremos tu dibujo.

Fernando Moragas. (Madrid).—Guardamos tu chiste, que es muy bueno, para publicarlo, y no así tu dibujo, que es piquetísimo, borroso, microscópico, invisible... ¿Conformes? (Lee lo que digo a Luis Villaverde).

Luis Villaverde. (Madrid).—Tus dibujos están bien y se publicarán. ¿Y los chistes? ¿Qué hacemos con los chistes? En verdad, me pones en un verdadero compromiso. Tu dibujo tiene el mismo comentario que el de Fernando Moragas. ¿Cuál es el autor de esa obra de gracia? ¿Fernando o tú? ¡Oh buenos copiadotes! Aquí Pinocho no sabe qué decir. Le ponéis en un conflicto tremendo. ¿Qué hacemos, Fernandito? ¿Qué decido, Luisito? Publicaremos el dibujo de éste y el chiste de aquél, o el chiste de Luisito, o el dibujo de Fernandito. Verdaderamente no sabemos qué embrollo tenemos. Y todo este embrollo, como veis, por no querer sacar las cosas de vuestras cabezas, que nadie duda son admirables, extraordinarias en cuanto a gracia y genio.

¿Tenéis en vuestra colección todos estos PINOCHOS? Suponemos que sí, y los publicamos, sobre todo, porque son tan bonitas las cubiertas, que resulta, como veis, una página preciosa.



Precio de cada tomo, **1,50 pesetas**. Pedidlos en todas las buenas librerías y a la
EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., Valencia, 28, MADRID